

La primera mano que sostuvo la mía

A*

Maggie O'Farrell
La primera mano
que sostuvo la mía

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Primera edición, 2018

Título original: *The Hand That First Held Mine*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2010, Maggie O'Farrell

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Double Vision

Imagen de la cubierta: © Neil Webb

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-37-9

Depósito legal: B. 4.384-2018

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La traducción de esta obra ha contado con la ayuda de Literature Ireland.

 **LITERATURE
IRELAND**
Promoting and Translating Irish Writing

a IZ
a SS
a WD

Y olvidamos porque es preciso.

MATTHEW ARNOLD

PRIMERA PARTE

Verás. Los árboles de esta historia empiezan a agitarse, tiemblan, se recolocan. Soplan unas ráfagas de brisa marina y se diría que los árboles, por su inquietud, por la impaciencia con la que mueven la copa, sepan que va a pasar algo.

No hay nadie en el jardín, en el patio tampoco; solo unos tiestos de geranios y espuela de caballero se estremecen con el viento. Hay un banco en el césped y, a una distancia prudencial, dos sillas frente a frente. Una bicicleta reposa apoyada contra la casa, los pedales, inmóviles, la cadena engrasada no se mueve. Han sacado a un niño de pecho a dormir en el cochecito, el pequeño descansa envuelto en una crisálida compacta de mantas, con los ojos dulcemente cerrados. Una gaviota se cierne alta en el cielo y hasta el ave guarda silencio, con el pico cerrado y las alas extendidas, mientras aprovecha las corrientes térmicas.

La casa está en las afueras del pueblo, detrás de un seto espeso, en la cima del acantilado. Es la frontera entre Devon y Cornwall, donde los dos condados se agazapan sin perderse de vista. Es una franja de tierra muy disputada desde siempre. No tendría sentido perder tiempo en contemplar este suelo, cargado como está de sangre de celtas, anglosajones y romanos, abonado con los restos de sus huesos.

Pero esto sucede en una época de relativa calma en Gran Bretaña: a finales de un verano de mediados de los años cincuenta. Un camino de gravilla llega a la puerta principal describiendo una curva.

En el tendal, combinaciones y camisetas, calcetines y sostenes, pañales y pañuelos palmorean y se retuercen en la brisa. Se oye una radio en alguna parte, en una de las casas vecinas quizá, y el golpe seco de un hacha cortando leña.

El jardín está en compás de espera, también los árboles y la gaviota, que sigue en equilibrio en el aire. Y entonces, como si esto fuera un decorado teatral y el público aguardara a oscuras, se oyen unas voces. Ruido. Alguien chilla, otra persona grita, algo cae al suelo. La puerta trasera de la casa se abre de golpe.

—¡No lo soporto! ¡Te lo aseguro, no lo soporto! —dice a voces ese alguien.

La puerta se cierra con estrépito y entra en escena una persona.

Tiene veintiún años, a punto de cumplir veintidós. Lleva un vestido azul de algodón con botones rojos. Una pañoleta amarilla le sujeta el pelo. Cruza el patio resueltamente con un libro en la mano. Va descalza, pisando con fuerza los escalones y el césped. No repara en la gaviota, que se ha girado en el aire para mirarla; no repara en los árboles, que mueven las ramas anunciando su entrada en escena; no repara siquiera en el niño al pasar al lado del cochecito: se dirige a un tocón que hay al fondo del jardín.

Se sienta en el tocón y, procurando hacer caso omiso de la rabia que le corre por las venas, se pone el libro en el regazo y empieza a leer. «Muerte, no te pongas orgullosa —comienza el texto— aunque te llamen terrible y suprema.»

Tensa y concentrada, se acerca más a la página, suspira y sacude los hombros. Luego, de improviso, suelta un gruñido y tira el libro, que cae en la hierba con un golpe amortiguado; las páginas aletran al cerrarse. Ahí se queda, entre la hierba.

Se levanta, pero no como lo haría cualquiera, pasando gradualmente de una posición a otra: ella salta, da un bote, rebota, parece que estampe los pies contra la tierra como si la fuera a romper, igual que Rumpelstiltskin.

Lo que ve inmediatamente es a un pastor con una vara en la mano, el perro correteando a su alrededor, que pasa por el camino con un rebaño de ovejas. Esas ovejas resumen lo que odia de su

casa: las vedijas mugrientas de los lomos, las caras estúpidas y anodinas, los balidos insulsos. Le gustaría meterlas a todas en una trilladora, tirarlas por el precipicio, lo que sea con tal de que desaparezcán.

Da la espalda a las ovejas, a la casa. Se queda solo con la visión del mar. Últimamente ha ido creciendo en ella el temor a que le pase de largo lo que más desea (que empiece la vida, que cobre significado, que cambie del borroso tono monocromático al espléndido tecnicolor), que no lo reconozca si se cruza en su camino, que lo desaproveche.

Cierra los ojos al mar, a la presencia del libro abandonado, y en ese momento se oye un ruido sordo de pies en la hierba y una voz que dice:

—¡Sandra!

Se endereza al instante, como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica.

—¡Alexandra! —corrige.

Así es como se llama, le pusieron ese nombre cuando nació, pero después a su madre dejó de gustarle y lo redujo a las últimas sílabas.

—Alexandra —repite el chico, obediente—. Dice mamá que qué estás haciendo, que si puedes entrar y...

—¡Lárgate! —grita Alexandra—. ¡Fuera de aquí!

Malhumorada, vuelve a pisotear el suelo, vuelve al libro, al análisis de la muerte y su orgullo superfluo.

En ese mismo instante, a quinientos metros de allí, Innes Kent (treinta y cuatro años, marchante de arte, periodista, crítico, hedonista confeso) se arrodilla en el polvo para asomarse a los bajos del coche. No tiene ni idea de lo que busca, pero le parece que es lo que tiene que hacer. Es un optimista. El coche es un MG plateado y azul claro; lo quiere más que a cualquier otra cosa en el mundo y lo acaba de dejar tirado a un lado de esta carretera rural. Se yergue. Y hace lo que tiene por costumbre cuando algo le sale mal: encender un cigarrillo. Le da una patada de tanteo a la rueda, luego se arrepiente.

Ha ido a St. Ives a ver el estudio de un pintor cuya obra tenía esperanzas de adquirir, y se ha encontrado al hombre bastante be-

bido y la obra, muy atrasada. Toda la excursión ha sido un tremendo desastre. Y ahora esto. Aplasta el cigarrillo con el pie y echa a andar por el camino. Ve unas cuantas casas a lo lejos y el dique curvo de un puerto que se adentra en el mar. Alguien sabrá dónde hay un taller mecánico, si es que los hay en este lugar perdido.

Alexandra no sabe, no puede saber lo cerca que está Innes Kent. No sabe que viene, que cada segundo se lo acerca más, que va recorriendo los caminos que los separan con sus zapatos hechos a mano, que cada paso de esos pies bien calzados acorta la distancia. La vida, tal como la conocerá, está a punto de empezar, pero ahora por fin se abstrae en la lectura, en la lucha que sostiene con la mortalidad un hombre muerto hace tiempo.

Cuando Innes Kent aparece en el camino, Alexandra levanta la cabeza. Deja el libro en el suelo otra vez, ahora con más suavidad, y se despereza estirando los brazos hacia arriba. Se enrosca un mechón de pelo entre el pulgar y el índice, agarra una margarita entre dos dedos de los pies y la arranca; siempre ha tenido las articulaciones flexibles; es algo de lo que está muy orgullosa. Repite la operación hasta que, cada uno de los ocho huecos de entre sus dedos, sujeta el humilde ojo amarillo de una margarita.

Innes se detiene en un claro del espeso seto. Mira por el hueco. Supone que verá una bonita casa de campo con arbustos, hierba, flores, esas cosas: un jardín. Después, más cerca, ve a una mujer sentada al pie de un árbol. No falla, la proximidad de una mujer siempre le despierta interés.

Este ejemplar no lleva zapatos, tiene el cuello despejado, el pelo recogido con un pañuelo amarillo. Se pone de puntillas para ver mejor. Ese cuello le parece la más exquisita columna. Si tuviera que describirlo por escrito se vería obligado a emplear la palabra «escultural» y posiblemente también «alabastro», y no son epítetos que utilice a la ligera. Toda la formación de Innes tiene que ver con el arte. O quizá sería más acertado decir «toda la deformación». No es que se haya formado en el arte, es que es el aire que respira, el motor de su vida; cuando mira no ve un coche, un árbol o una calle, ve un bodegón en potencia, la interacción de la luz, la som-

bra y el color, una disposición intencionada de los objetos escogidos.

Y lo que ve cuando mira a Alexandra con la pañoleta amarilla y el vestido azul es una escena de un fresco. Está convencido de que tiene ante sí a una *madonna* rural perfecta, de perfil, con un maravilloso (cree él) vestido azul ceñido y el niño dormido cerca de ella. Contempla la escena con un ojo, después con el otro. Es realmente una bella composición, con el árbol por encima, en contraste con el plano de la hierba y la verticalidad de la mujer y su cuello. Le gustaría verla pintada por uno de los maestros italianos, Piero della Francesca o Andrea del Sarto quizá. Y, por si fuera poco, ¡sabe arrancar flores con los dedos de los pies! ¡Qué criatura!

Sonríe para sí y vuelve a mirar con los dos ojos, y de pronto la *madonna* destruye la escena diciendo con voz clara:

—¿No sabe que es de muy mala educación espiar a la gente?

Su desconcierto es tal que pierde el habla un momento (cosa que no suele sucederle) y, fascinado, la ve levantarse del tocón. La *madonna* de Della Francesca se transforma ante sus ojos en el *Desnudo bajando una escalera* de Marcel Duchamp. ¡Qué visión! ¡La mujer acercándose cuesta abajo por el césped repite con exactitud el efecto de la de Duchamp! ¡Es como si la furia que siente hendiera el aire!

Últimamente, Innes se ha empapado de dadaísmo hasta tal punto que hace dos noches soñó con un cuadro dadaísta. Dice que es «el segundo de mis sueños predilectos». (El primero es demasiado explícito para contarlo.)

—Además —añade la *madonna* acercándose, con la mandíbula tensa y los brazos en jarras; Innes tiene que reconocer que se alegra de que haya un seto entre ambos— es ilegal. Estoy en mi perfecto derecho de llamar a la policía.

—Lo siento —consigue decir—. Mi coche... Parece que se ha averiado. Estoy buscando un taller.

—¿Le parece que esto es un taller? —No es una voz suavizada, como cabría esperar, por el matiz devoniano, sino que es seca; corta como el diamante.

—Hum. No. No lo parece.

—Bien, entonces —se acerca todavía más al seto—, adiós.

Es en este momento cuando Alexandra se fija por primera vez con detalle en el figón. Lleva el pelo bastante más largo de lo habitual en un hombre. El cuello de la camisa, de color amarillo narciso, es más alto de lo normal. En cambio, el traje, gris claro, de pana de canutillo fino, no tiene cuello; la corbata es de color azul huevo de pato. Alexandra se acerca un poco más. «Narciso —repite mentalmente—, huevo de pato.»

—No estaba espiando —protesta el hombre—, se lo aseguro. Necesito ayuda. Estoy en un pequeño aprieto. Se me ha averiado el coche. ¿Sabe si hay algún taller por aquí cerca? No pretendo apartarla de su hijo, pero es preciso que vuelva a Londres rapidito porque vence el plazo de entrega. Complicación sobre complicación. Si me puede ayudar en algo, seré su más agradecido servidor.

Alexandra parpadea. Nunca había oído hablar así. «Rapidito, aprieto, plazo de entrega, complicación sobre complicación, su más agradecido servidor.» Le gustaría pedirle que lo repitiera todo otra vez. De pronto otra parte del discurso le llega al cerebro.

—No es mi hijo —replica—. No tiene nada que ver conmigo. Es de mi madre.

—Ah. —El hombre ladea la cabeza—. No creo que se pueda considerar que no tiene nada que ver con usted.

—¿Ah, no?

—No. Al menos debe reconocer que es hermano suyo.

Una breve pausa. Alexandra intenta no fijarse en su ropa otra vez, pero en vano. La camisa, esa corbata. Narcisos y huevos.

—¿Entonces es usted de Londres? —le pregunta.

—Sí.

Alexandra aspira por la nariz. Se coloca la pañoleta en la frente. Advierte la barba incipiente del hombre y se pregunta por qué no se habrá afeitado. Sin venir a cuento, un plan que tiene pergeñado a medias se materializa en un deseo definitivo.

—Estoy pensando en irme a vivir a Londres —dice.

—¿Ah, sí?

El hombre se pone a rebuscar con entusiasmo en los bolsillos. Saca una pitillera verde esmaltada, coge dos cigarrillos y le ofrece uno. Ella tiene que apoyarse en el seto para alcanzarlo.

—Gracias —le dice.

Él le da fuego protegiendo la cerilla con las manos y después enciende su cigarrillo con la misma cerilla. «De cerca —piensa ella—, huele a fijador de pelo, a colonia y a algo más», pero el tipo se aparta sin darle tiempo a identificar lo que es.

—Gracias —repite, refiriéndose al cigarrillo, y le da una calada.

—Y ¿qué la retiene aquí? —dice el hombre, mientras sacude la cerilla y la tira al suelo—, si no es indiscreción.

Ella lo piensa.

—Nada —contesta, y se ríe. Porque es verdad. Nada se interpone en su camino. Señala hacia la casa con un gesto de la cabeza—. Ellos todavía no lo saben. Y se pondrán en contra. Pero no pueden retenerme.

—Bien por usted —dice él, y el humo le sale en espirales por la boca—. Entonces, ¿va a escaparse de casa para ir a la capital?

—Voy a ir a Londres —replica ella, irguiéndose en toda su estatura—, pero no voy a escaparme de casa. No se puede escapar una de casa si ya se ha ido. He estado fuera, en la universidad. —Da una calada al cigarrillo, mira hacia la casa, luego al hombre otra vez—. La verdad es que me han expulsado y...

—¿De la universidad? —la interrumpe él, con el cigarrillo a medio camino de la boca.

—Sí.

—¡Menudo drama! ¿Por qué delito?

—Por ninguno —contesta, bastante más acalorada de lo necesario, porque todavía le duele la injusticia—. Al terminar un examen, salí por una puerta que era exclusivamente para hombres. No me permiten licenciarme hasta que pida disculpas. Al principio, ellos —señala la casa otra vez— ni siquiera querían que fuera a la universidad, y ahora no me hablan hasta que vaya a disculparme.

El hombre la mira como si quisiera grabársela en la memoria. Ella se fija en que las costuras de la camisa están cosidas con hilo azul en los puños y en el cuello.

—Y ¿va a ir a disculparse?

Alexandra sacude la ceniza del cigarrillo y niega con un movimiento de cabeza.

—No sé por qué. Ni siquiera sabía que era solo para hombres. No había ningún letrado. Les dije: «Y ¿cuál es la puerta de las mujeres?», y me contestaron que no había. Entonces, ¿por qué tengo que pedir disculpas?

—Exacto. No hay que decir «lo siento» a menos que se sienta de verdad. —Fuman en silencio, sin mirarse—. Y —pregunta el hombre finalmente— ¿qué va a hacer en Londres?

—Trabajar, por supuesto. Aunque puede que no encuentre trabajo —contesta con repentino pesimismo—. Me han dicho que para trabajar de secretaria piden una velocidad de sesenta palabras por minuto, a máquina, y de momento solo hago tres, más o menos.

Él sonrío.

—Y ¿dónde va a vivir?

—¡Cuántas preguntas!

—Es la fuerza de la costumbre. —Se encoge de hombros sin intención de disculparse—. Soy periodista, entre otras cosas. Entonces, ¿dónde piensa ir a vivir?

—No sé si decírselo.

—Pero ¿por qué no? No se lo diré a nadie. Sé guardar un secreto. Alexandra tira la colilla entre las hojas verdes del seto.

—Bueno, una amiga me ha dado la dirección de una pensión para señoritas en Kentish Town. Me ha dicho que...

Una ligerísima contracción de la cara delata la gracia que le hace a Innes.

—¿Una pensión para señoritas?

—Sí. ¿Qué tiene de gracioso?

—Nada. Absolutamente nada. Suena... —hace un gesto— ... fantástico. Kentish Town. Seremos prácticamente vecinos. Vivo en Haverstock Hill. Puede ir a verme, si le permiten salir.

Alexandra arquea las cejas, finge que lo está pensando. Por una parte, no quiere ceder ante este hombre. Hay algo en él que demues-

tra lo acostumbrado que está a conseguir lo que quiere, y le parece que no le vendría mal que le llevaran la contraria alguna vez.

—Puede... En realidad no lo sé. Quizá...

Desafortunadamente para ambos, Dorothy elige ese momento para intervenir. El radar maternal ha debido de mandarle señales de un macho depredador acechando a su hija mayor.

—¿Necesita ayuda? —vocea, en un tono que contradice el sentido de la pregunta.

Alexandra se vuelve y ve a su madre avanzar por el jardín esgrimiendo el biberón como si fuera una pistola. Ve que mira al hombre de arriba abajo, desde los zapatos gris claro hasta el traje sin cuello, y, por la mueca avinagrada de la boca, enseguida sabe que no le gusta lo que ve. El hombre la recibe con una sonrisa deslumbrante, unos dientes blanquísimos que contrastan con la piel bronceada.

—Gracias, pero esta señorita —señala a Alexandra— ya me estaba ayudando.

—Mi hija —dice Dorothy, poniendo énfasis en la palabra— tiene mucho que hacer esta mañana. Sandra, pensé que estabas pendiente de tu hermanito. Bueno, ¿qué podemos...?

—¡Alexandra! —le grita a su madre—. ¡Me llamo Alexandra!

Es consciente de que ha reaccionado como una niña malcriada, pero no puede soportar que ese hombre crea que se llama Sandra.

Sin embargo, a su madre se le dan muy bien dos cosas: hacer caso omiso de los berrinches de su hija y sacar información a la gente. Dorothy escucha el relato del coche averiado y en unos segundos despacha al hombre carretera abajo después de indicarle dónde puede encontrar un mecánico. Él mira hacia atrás una vez y dice adiós con la mano.

Alexandra siente algo parecido a la rabia, a la congoja, cuando oye alejarse las pisadas por el camino del pueblo. ¡Estar tan cerca de alguien como él y que le roben ese momento sin contemplaciones! Le da una patada al tocón, otra a la rueda del carrito. Esa sensación agobiante y opresiva de que los mayores son unos manipuladores es una forma particular de fastidio típica de los jóvenes.

—¿Qué demonios te pasa? —dice Dorothy entre dientes, moviendo el asa del carrito, porque el pequeño se ha despertado y se ha puesto a llorar y forcejear—. Vengo aquí y ¿te encuentro coqueteando con un... un gitano con el seto de por medio? ¡A plena luz del día! A la vista de cualquiera. ¿Es que has perdido el sentido del decoro? ¿Qué ejemplo das a tus hermanos y hermanas?

—Hablando de ellos. —Alexandra hace una pausa antes de añadir—: De todos ellos, ¿no serás tú la que ha perdido el sentido del decoro?

Echa a andar por el jardín. No puede pasar un segundo más al lado de su madre. Dorothy deja de mover el cochecito y se la queda mirando con la boca abierta.

—¿Qué quieres decir? —grita, sin acordarse de los vecinos—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? Se lo contaré a tu padre, ya verás, en cuanto...

—¡Vale! ¡Cuéntaselo! —le suelta, volviendo un poco la cabeza atrás y sin dejar de correr por el jardín; irrumpe súbitamente en casa y sobresalta a un paciente de su padre que está esperando en el vestíbulo.

Cuando llega al dormitorio, que está obligada a compartir con tres de sus hermanos menores, todavía oye la voz de su madre gritando fuera.

—¿Soy la única en esta casa que exige unas normas? No sé dónde crees que vas. Se supone que hoy me ibas a ayudar. Tenías que encargarte de cuidar al niño. Y hay que limpiar la plata y la porcelana. ¿Quién crees que va a hacerlo? ¿Los fantasmas?